

Oriente Medio a cien años del Tratado de Versalles

Juan José Vagni¹

Resumen

La firma del Tratado de Versalles en 1919 definió las condiciones de la dominación colonial europea sobre Oriente Medio y frustró las esperanzas de liberación de los pueblos árabes. La sucesión de promesas incumplidas y la estructuración del Sistema de Mandatos de la Sociedad de las Naciones dejaron una huella profunda en la construcción del orden regional. A cien años de aquel acontecimiento, la mirada sobre el orden regional nos muestra aún profundas y arraigadas tensiones tanto en el plano interno como externo.

Palabras clave: Tratado de Versalles - orden regional árabe - Oriente Medio

Las negociaciones de paz de los vencedores de la Primera Guerra Mundial sembraron sobre Oriente Medio las condiciones para la formación de un espacio inestable y dependiente. El actual desorden en la zona hunde sus raíces en viejas tensiones y en renovadas relaciones de fuerzas a nivel regional y global.

A lo largo del año 1919 los representantes de las potencias vencedoras de la Primera Guerra Mundial se congregaron en París para definir el futuro de los derrotados y de sus territorios. De aquellas sesiones surgió el Tratado de Versalles que delimitó las responsabilidades de Alemania y al mismo tiempo creó la Sociedad de las Naciones. Estos instrumentos, origen en gran medida de los

¹ Profesor adjunto del Área de Estudios Internacionales, Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba. Investigador adjunto de CONICET – Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (CIECS - CONICET y UNC). Email: <juanjovagni@hotmail.com>.

principales conflictos que atraviesan el siglo XX, tuvieron un impacto específico y duradero sobre el mundo árabe. Cumpliéndose un siglo de aquel acontecimiento, constituye una oportunidad significativa para rever las implicancias que tuvo en el devenir de la región y, al mismo tiempo, intentar echar luz sobre la compleja situación actual.

Esperanzas frustradas, promesas incumplidas

Desde fines del siglo XIX el mundo árabe vivió un proceso de renacimiento cultural y político al compás del fervor del nacionalismo. Ese fermento avivó los sueños de liberación del Imperio Otomano tras más de cuatrocientos años de dominación. Para musulmanes y cristianos, la hermandad árabe brindada por la lengua y el pasado común constituía el cimiento fundamental para la conformación de una Patria árabe unida y fuerte. La oportunidad pareció surgir en el contexto de la Primera Guerra Mundial. Con las garantías británicas y el compromiso de forjar un estado árabe unificado tras la Guerra, se produjo el levantamiento contra los otomanos en 1916 de la mano del clan Hachemí de La Meca. Pero al mismo tiempo y en contra de lo prometido, británicos y franceses firmaron el famoso acuerdo Sykes-Picot que delimitó sus respectivas áreas de influencia y control directo en Oriente Próximo. En ese contexto, el incipiente estado árabe surgido en 1918 con base en Damasco y liderado por el príncipe Faisal tuvo los días contados.

Durante las negociaciones de paz en París, Faisal acudió como representante de los árabes y tuvo que aceptar las restricciones territoriales y la tutela francesa sobre el joven estado. La promesa de la patria común fue traicionada. En el Pacto de la Sociedad de las Naciones firmado el 28 de junio de 1919 se definió esta forma de dominación colonial para aquellos pueblos “aún incapaces de regirse por sí mismos”. En el inciso 4 del art. 22 se estableció: “ciertas comunidades que antes pertenecían al Imperio Otomano, han alcanzado tal grado de desarrollo que su existencia como naciones independientes puede ser reconocida provisoriamente a

condición de que los consejos y la ayuda de un mandatario guíen su administración hasta el momento en que ellas sean capaces de manejarse solas”.

El registro de aquellos momentos en París parece reflejar la impotencia y desazón del joven dirigente árabe. La fotografía muestra a un Faisal enigmático y taciturno, acompañado detrás por un sonriente Thomas Edward Lawrence (Lawrence de Arabia) y otros referentes.



La arquitectura del nuevo sistema colonial en Oriente Medio se fue afianzando con los Acuerdos de San Remo y de Sèvres de 1920, que dieron respaldo legal al reparto de británicos y franceses. Faisal fue finalmente expulsado de Siria en julio de 1920 por las tropas francesas del general Henri Gouraud. “Reinado de un día, perfume de un sueño que se disipa ante el choque de la realidad”, decía Salomón Abud, un periodista argentino de origen sirio que rememoró aquellos acontecimientos en su libro *El Sol nace en Oriente* publicado en 1939. El esquema colonial se completó

en 1922 cuando la Sociedad de las Naciones aprobó el Sistema de Mandatos. A partir de allí, la ocupación colonial dejó no sólo un armazón territorial artificial, sino también heridas y secuelas en todos los planos: represión, desvalorización de la cultura autóctona, imposición de modelos políticos y educativos europeos, burguesías locales atadas a los intereses de las metrópolis y una profunda dependencia económica y política.

Punto de confluencias

Cien años después, la mayoría de aquellos sueños iniciales del movimiento árabe no se cumplieron y la región está enfrentada nuevamente a múltiples desafíos internos y externos. Como expresaba Burhan Ghalioun, Oriente Medio continúa siendo la caja de resonancia de los cambios de las relaciones de fuerzas y de los valores acaecidos a escala mundial, un punto de convergencia de las contradicciones e influencias que rigen el orden global.

El actual des(orden) regional hunde sus raíces en diversos fenómenos: el agotamiento del proyecto panarabista a partir 1967 con la derrota frente a Israel, el ascenso de Arabia Saudí y la expansión de la ideología wahabí desde 1973, y la Revolución Islámica de Irán de 1979. Pero el gran punto de inflexión tras el fin de la Guerra Fría fue la invasión estadounidense de Irak y Afganistán en 2003, respuesta equívoca a los atentados del 11 de setiembre de 2001 sobre Nueva York. En el plano interno, el consenso en la lucha antiterrorista fortaleció temporalmente a los diversos regímenes árabes (sean monarquías o repúblicas, sean prooccidentales o revisionistas), que hicieron de la represión y control de los sectores islamistas (moderados o radicales) una renovada fuente de legitimidad. A nivel regional, la destrucción del Estado iraquí abrió un sinnúmero de conflictos identitarios y étnicos, alteró los equilibrios de poder a favor de Irán y marginó la posibilidad de resolución del conflicto palestino.

Poco a poco, aquellos países populosos y avanzados de la media-

luna árabe que habían signado la política regional durante gran parte del siglo XX (Egipto, Irak y Siria), vieron perder su influencia y poder frente a Arabia Saudí y a las pequeñas y ricas ciudades Estado del Golfo.

El tablero regional sufrió un nuevo sacudón a fines de 2010 con las revueltas de la llamada “Primavera Árabe”: un complejo entramado que dio paso a la intervención de potencias regionales y globales, las correspondientes alianzas con actores y grupos subnacionales y transnacionales, y finalmente como resultado el desmembramiento funcional de Irak, Libia, Yemen y Siria. Como señala el especialista Marc Lynch, los levantamientos árabes comenzaron por difusión transnacional y terminaron en represión transnacional y guerras de poder regionales.

Desorden regional y nuevas dependencias

Este reordenamiento reavivó dos grandes líneas de enfrentamiento. Por un lado Arabia Saudí, seguida por Egipto (tras el Golpe de Al Sisi en 2013), los Emiratos Árabes Unidos, Bahrein y Kuwait, con el respaldo de la Administración norteamericana e Israel. Por el otro, un eje de la resistencia representado por Irán, el gobierno sirio, en cierta medida Turquía y el aval de Rusia. Los escenarios de disputa y guerra abierta de estos actores siguen siendo Irak, Yemen y Siria, estados debilitados y fragmentados. Al mismo tiempo, esta competencia afectó la autonomía de países pequeños como Líbano o algunos estados del norte de África. El caso más emblemático es el virtual secuestro en Arabia Saudí del Primer Ministro libanés Saad Hariri a fines de 2017, en un intento por impedir la cohabitación de su fuerza política con el movimiento Hezbolá, aliado de Irán.

Tampoco faltaron las tensiones intra-Golfo: desde su apoyo a la Hermandad Musulmana y a sus filiales en toda la región durante la Primavera Árabe –principalmente a través del canal Al-Jazeera–, Qatar intentó desarrollar una política autónoma y de elevado perfil. Las crecientes tensiones con sus vecinos derivaron en un

bloqueo regional en junio de 2017 y, finalmente, en su retiro de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) conducida por los saudíes.

Más recientemente, el secuestro y desaparición del periodista Kamal Khashoggi en el consulado de Arabia Saudita en Estambul en octubre del año pasado, representó no sólo una jugada entre Riad y Ankara, sino también el movimiento de una pieza sensible del ajedrez global. La oscura maniobra pareció condenar el futuro del príncipe heredero saudí Mohamed Bin Salmán, hasta entonces mimado por las potencias occidentales por su supuesto afán modernizador y aperturista. En pocas semanas se transformó en una figura incómoda pero necesaria, tal como se pudo observar durante su estadía en Argentina para la Cumbre del G20 a fines del año pasado. En estos días, el joven líder procura recuperar la presencia global del Reino, reorientando su proyección hacia Rusia y países de Asia, tal como se vio en la gira realizada en la India, Pakistán y China.

Paralelamente, la errática y confusa política global de Donald Trump ha sumado nuevas incertidumbres a este escenario. La ruptura del Pacto nuclear con Irán, la histórica decisión de trasladar la embajada estadounidense a Jerusalén y el reconocimiento de la soberanía israelí sobre los Altos del Golán agregaron nuevos escollos y terminaron de desacreditar el papel de la superpotencia en el marco del llamado “Cuarteto para la Paz en Oriente Medio” –junto a Naciones Unidas, Rusia y la Unión Europea–. Aquel espacio de diálogo multilateral hoy está muerto y han surgido dos instancias paralelas que se reunieron en el mes de febrero: una conferencia liderada por Estados Unidos que sesionó el 13 y 14 en Varsovia, y otra comandada por Rusia con sede en el balneario de Sochi. Trump procura forjar una coalición árabe frente a Irán, con la inédita presencia de Israel y la marginación de los intereses palestinos. Putin, mientras tanto, potencia su papel mediador y exhibe sus aceitados vínculos con Irán y Turquía. En ambos casos, el tema central es el futuro de Siria y de Assad y las implicancias

derivadas para el escenario regional y global: problemática kurda, destino de los milicianos detenidos del Estado Islámico y el riesgo de los que retornen a sus tierras de origen, entre otros.

En paralelo cabe recordar que las organizaciones y foros regionales se hallan funcionalmente inactivos o su papel es irrelevante, como el Consejo de Cooperación del Golfo –marcado actualmente por las disputas entre Doha y Riad– y la Liga Árabe, cuya últimas cumbres resultaron nuevamente un fracaso. La debilidad de estas estructuras regionales y el dinamismo de los actores externos nos muestran que, pasados cien años, el futuro de Oriente Medio se sigue labrando en gran medida más allá de sus fronteras.

...